

---

Di Meglio, E.; Gasillón, M. L.; Mangas, A. (diciembre, 2019). "Reflexiones en torno a la literatura y la experiencia lectora. Entrevista a Ana María Shua". En *Catalejos. Revista sobre lectura, formación de lectores y literatura para niños*, 9 (5), pp. 268- 288.

## Reflexiones en torno a la literatura y la experiencia lectora.

### Entrevista a Ana María Shua

Estefanía Di Meglio<sup>1</sup>

María Lourdes Gasillón<sup>2</sup>

Ailín Mangas<sup>3</sup>

¿Cuándo se interesó Ud. por lo fantástico? [...] Empezó en mi niñez. La mayor parte de mis compañeros de curso no tenían el sentido de lo fantástico. Tomaban las cosas como eran... esto es una planta, esto es un sillón. Pero para mí, las cosas no estaban tan bien definidas. Mi madre, que aún vive y es una mujer muy imaginativa, me estimuló. En vez de decir "No, no, tienes que ser serio", le gustaba que yo fuese imaginativo; cuando me giré hacia el mundo de lo fantástico me ayudó dándome libros a leer. Leí a Edgar Allan Poe por primera vez cuando tenía sólo nueve años. Robé el libro para leerlo, porque mi madre no quería que lo leyese; ella pensaba que era demasiado joven y tenía razón. El libro me aterró y estuve enfermo durante tres meses, porque creí en él... dur comme fer (creer ciegamente. N del T) como dicen los franceses. Para mí, lo fantástico era perfectamente natural; no tenía ninguna duda. Así eran las cosas. Cuando le pasé ese tipo de libros a mis amigos decían "No, no, prefiero leer novelas de cowboy". Los cowboys eran muy populares en ese tiempo. Yo no lo entendía. Prefería el mundo de lo sobrenatural, de lo fantástico.

Julio Cortázar

En el marco de las *XIX Jornadas La Literatura y la Escuela - Jitanjáfora* (donde se realizaron talleres, charlas, presentaciones de libros, encuentros con escritores e

---

<sup>1</sup> Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Integrante de los grupos de investigación "Estudios de Teoría Literaria", dirigido por la Dra. María Coira y co-dirigido por la Dra. Rosalía Baltar y del grupo "Violencia, justicia y derechos humanos", dirigido por el Dr. Enrique Andriotti Romanin. Ayudante graduada en las materias Teoría y crítica literarias II e Introducción a la Literatura en la carrera del Profesorado y la Licenciatura en Letras de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: estefaniadimeglio@gmail.com

<sup>2</sup> Profesora en Letras, Magíster en Letras Hispánicas y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. En esta unidad académica, forma parte del grupo de investigación "Estudios de Teoría Literaria". Es ayudante graduada en la cátedra de Semiótica en la carrera del Profesorado y la Licenciatura en Letras de la misma universidad. Mail de contacto: mlgasillon@yahoo.com.ar

<sup>3</sup> Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria tipo A de la UNMDP. Pertenece al grupo de investigación "Estudios de Teoría Literaria". Mail de contacto: ailinmangas@gmail.com

ilustradores, una feria del libro, entre otras actividades), Carola Hermida –una de sus organizadoras– nos puso en contacto con el representante de Ana María Shua por la editorial Planeta. Las gestiones llegaron a buen término y, afortunadamente, el 29 de junio de 2019, después de que la reconocida escritora argentina diera una conferencia, nos reunimos con ella en una sala pequeña del Colegio Idra.

Ana María Shua cuenta con una variada producción, más cercana al género narrativo (cuento, novela y microrrelato), que ha sido traducida a muchos idiomas y premiada a nivel nacional e internacional. Por lo tanto, nos resultaba muy atractivo y, a la vez, un desafío, el poder dialogar con ella sobre el vasto mundo literario e indagar sobre sus inclinaciones estéticas, rituales, temas predilectos y, en especial, sobre su incursión en la literatura para niños. La entrevista que aquí compartimos resultó muy amena, cordial; la exitosa narradora estaba atenta a nuestras inquietudes y nos respondía sin prisa, pero con exactitud, dejando bien en claro sus puntos de vista respecto de cada tópico.

Las palabras –arriba citadas– que Julio Cortázar declaró en una de sus últimas entrevistas (en este caso, a Jason Weiss), publicada en la revista *Paris Review*, nos resultan un epítome preciso para reflejar el contenido fundamental de la concepción de literatura que también tiene Shua respecto de su obra y su experiencia personal como lectora. Ambos presentan un interés temprano en la lectura, manifiestan un gusto diferente respecto de otros niños de su edad y expresan una inclinación hacia lo fantástico: la literatura, para ellos, es algo más que la representación de la mera realidad.

**Entrevistadoras (E):** Es un gusto para nosotras recibirla en Mar del Plata y tener el honor de charlar, de conversar con una escritora “en vivo y en directo”. Si bien, en la carrera de Letras tomamos contacto siempre con los escritores, resulta mucho más atractivo verla “cara a cara” y que nos comparta su experiencia. Le agradecemos este espacio en el que le haremos algunas preguntas, que probablemente ha respondido muchas veces, pero nos acercan a su trabajo desde otro lugar.

**Ana María Shua (AMS):** Y yo, a ustedes. No te preocupes, para mí también es interesante.

E: Respecto de sus charlas con los chicos, que ha dado en muchas ocasiones, ¿le resultan un espacio de repetición?

AMS: Es diferente con los chicos, porque además hay que entretenerlos. A ustedes no las tengo que entretener. (Risas).

E: Y mantenerles la atención, captarlos desde algún lugar, además de que cada grupo es diferente. Cada niño es diferente y cada grupo tiene dinámicas muy distintas. Así que es un desafío.

La primera pregunta que nos interesa hacerle hoy tiene que ver con su propia experiencia. ¿A qué edad comenzó a leer (si recuerda)? ¿Cuáles eran sus textos favoritos, aquellos que marcaron su infancia? ¿Por qué los recuerda?

AMS: Yo empecé a “leer, leer” de muy chiquita. Porque empecé primer grado antes de cumplir los cinco años, y ya sabía leer y escribir, porque mi mamá, que era muy exigente, se había asegurado de que, no por empezar temprano, iba a ser peor alumna que las demás. Entonces, entré a primer grado con cuatro años, cumpliendo cinco el 22 de abril. Cuando terminé primer grado, a una amiga y a mí, nos regalaron dos libros. Los dos libros eran para las dos: uno tenía un lindo dragoncito en la tapa y otro tenía un caballo feo. Los jugamos a las figuritas y ella ganó. Las dos queríamos empezar por el dragoncito, pero a mí me tocó el caballo feo, que resultó ser *Azabache*. Y cuando a mí me preguntan si hay un libro que me cambió la vida digo “sí”. Ese libro me cambió la vida. Repito, yo ni había cumplido los seis años –tenía cinco años y medio– y era el primer libro todo de letras que leía, porque era fanática lectora del *Pato Donald*, de las historietas, y lo que me pasó fue algo mágico y maravilloso. Empecé a leerlo, muy despacito, como uno lee en esa época.

E: Solita, ¿no?

AMS: Sí, empecé a leerlo solita, con esfuerzo, decodificándolo. Y lo que contaba era una cosa extraordinaria. De repente, yo era ese caballo. Y las cosas que le pasaban

al caballo era como si me estuvieran pasando a mí. Eran cosas terribles y, al mismo tiempo, tan interesantes. Azabache la pasaba muy, muy mal. Por supuesto, eso me resultaba fascinante. Y así estuve leyendo *Azabache*... No sé, habré estado meses, porque es esa época en la que uno lee tan despacito. Y cuando la terminé me quedé medio en el aire, no sabía cómo seguir con eso, y me di cuenta de que podía volver a empezar. Entonces lo volví a empezar y lo leí todo otra vez y después lo leí todo otra vez y después lo leí todo otra vez. Me debo haber pasado un año leyendo solo *Azabache*. Un día, mi papá me lo sacó y me dijo: “Te lo voy a tomar, a ver si te acordás”. Y me preguntó por un párrafo. Me dijo: “Bueno, a ver el párrafo que empieza así...”. Y yo sabía cómo seguía.

E: La memoria, además, en esos años es fabulosa.

AMS: Claro. Y después de eso me di cuenta, sin tanta consciencia y sin tantas palabras, me di cuenta de que eso era lo que yo quería en la vida. Yo quería estar ahí leyendo. Quería eso: quería leer libros maravillosos como ese todo el tiempo, sin parar, y no quería ninguna otra cosa. No quería jugar con los chicos, no quería nada. Quería leer. Entonces me decían: “No, Ani, no se lee en la mesa”, “Ani, tenés que apagar a luz”, “¿Por qué no vas a jugar a la plaza con los chicos?”. Iba a jugar a la plaza con los chicos y también tenía amiguitas en la escuela y todo, pero leer era lo más. Por ahí se hacía un cumpleaños en la casa de una amiguita y yo recorría toda la casa para ver si había bibliotecas. Enseguida me quedaba mirando y encontraba algún libro que me interesaba y me quedaba leyendo.

E: Y antes de eso, usted dijo que leía historietas...

AMS: Antes de eso (que debía tener, no sé, tres años), leía el *Pato Donald* y la revista *Gatito*, que era muy de esa época. Qué sé yo, hace sesenta o sesenta y cinco años. Y después el *Billiken*.

E: ¿Su familia era lectora?

AMS: Era lectora mi mamá. Sobre todo, era lectora de ficción. Pero no eran tan lectores. Y había una biblioteca, pero buena parte era de libros de la facultad. Mi mamá era dentista; mi papá, ingeniero agrónomo. Entonces, eran libros de la facultad, encuadernados y con las iniciales. Pero bueno, también había algunos pocos libros de ficción.

E: Y además de *Azabache*, ¿algún otro?

AMS: Después de *Azabache* vino todo el resto de la colección "Robin Hood". Poco a poco. Tengo el recuerdo también de un día que me engripé y agarré un libro de la colección "Robin Hood" y empecé a marcar con una crucecita los que había leído y me propuse leer todos los que me faltaban. Con lo cual ya había descubierto el esnobismo de la lectura. No es el placer de leer, sino el placer de haber leído. Yo quería leer, leer, leer. Quería ser culta; me acuerdo de que en un momento dado una maestra dijo: "Bueno, para ser culto uno tiene que tener una biblioteca de verdad, no juntar libros al *tun-tun*. Tienen que estar todos los libros forrados y tiene que haber una ficha de cada uno". Entonces me compré un montón de papel rojo con pintas blancas y empecé a forrar todos mis libros, que eran setenta. Yo, para trabajos manuales, era desastrosa, entonces habré forrado tres, cuatro, cinco libros. Y dije: "Voy a empezar a hacer las fichas". Creo que hice una ficha y dije: "No. Nunca voy a tener una verdadera biblioteca". Entonces le pregunté a mi mamá y me dijo: "Para ser culto, hay que saber el *Martín Fierro* de memoria".

E: Qué desafíos importantes le imponían, ¿no? Porque era muy elevado el "para ser culto".

AMS: Claro, me dijo: "La gente culta va a conferencias y se sabe el *Martín Fierro* de memoria". Y bueno, yo para ir a conferencias era muy chica, pero dije: "En las vacaciones me aprendo el *Martín Fierro* de memoria". Y me aprendí como dos, tres páginas y me di cuenta de que nunca lo iba a saber todo de memoria.

E: El ser culto no iba por ahí...

**AMS:** No, por supuesto. De lo que me di cuenta es que yo no iba a llegar a ser una persona verdaderamente culta.

**E:** Claro, nunca se podía llegar al objetivo. Pero ha demostrado todo lo contrario. Lo que sorprende es el interés, tan precoz, si se quiere, respecto de otros chicos en la lectura.

**AMS:** Bueno, no lo puedo explicar. Simplemente, me gustaba. Como a otros chicos les puede gustar jugar al fútbol o pintar y dibujar. Lo mío era la lectura. Y muy pronto, escribir.

**E:** ...Que viene de la mano.

**AMS:** Claro. A los ocho años ya estaba escribiendo versitos y, a los diez, ya era la poeta más famosa de toda la escuela 15, Consejo Escolar Séptimo.

**E:** Cuando nos acercamos a su obra vemos que ha atravesado distintos géneros. ¿En qué género se siente más cómoda, tanto para crear como para leer? ¿Cuál le atrae más para una y otra cosa?

**AMS:** Hoy, lo que más me gusta escribir es narrativa. Cuento, microrrelato, novela es lo que más me gusta leer. Cuando era más joven, leía más poesía y escribía también poesía. Me costó muchos, muchos años (no se nota porque empecé tan chica) pasar de la poesía a la narrativa. Aunque lo mío era narrar. Y ahora lo que me gusta es narrar. Ahí es donde me siento cómoda.

**E:** ¿Y qué tópicos, situaciones o temas la incentivan más a escribir? ¿Cree en la inspiración romántica? ¿Concibe de esta manera la escritura?

**AMS:** Cuando uno empieza no sabe qué es lo que más le va a interesar escribir, porque no es una cosa voluntaria. Uno no escribe lo que se le da la gana. Cuando yo empecé, pensé que podía escribir cualquier cosa. Y después, con los años, me di cuenta

de que no, que no podía escribir cualquier cosa. Que había ciertas cosas que yo tenía ganas de escribir y otras que no me interesaban en absoluto. No solo que no me interesaban: realmente no podía, no funcionaba en esa dirección. Mi primera novela tuvo que ver con la historia de un hombre que estaba enfermo –*Soy paciente*– y lo internan en un hospital. Pero después resulta que el tema de la enfermedad y la salud ocupó buena parte de mi literatura. Se ve que es un tema que vuelve una y otra vez y que a mí me ha importado mucho. Es eso. Y los grupos de gente encerrados en una situación. El sufrimiento bajo una personalidad tiránica. Todos esos temas veo que vuelven una y otra vez en mi escritura. En particular, en lo que escribo para adultos.

Con respecto a la otra parte de la pregunta, la inspiración existe sin duda, y hay que estar trabajando para aprovechar cuando viene. La inspiración existe porque de repente uno puede escribir tres o cuatro páginas seguidas que salen maravillosamente, como si alguien te las estuviera dictando en el oído, que son perfectas. Pero no pasa todo el tiempo. Es algo que de repente sucede por vaya a saber qué razón. Pero siempre hay que estar trabajando para aprovechar el momento en el que la inspiración viene.

Que no le pase a uno como en ese cuento de Fontanarrosa en el que el escritor tenía un trabajo que entregar, pero cuando venía la inspiración siempre estaba comiendo una picadita con los amigos, tomándose una cervecita. Entonces la inspiración llegaba, lo veía que estaba en otra y se las tomaba. Y después... La inspiración existe, pero también es posible imitarla. Se puede escribir sin la magia de la inspiración. El resultado, incluso, puede llegar a ser más o menos el mismo. Cuando no viene la inspiración, uno trabajosamente puede avanzar y, quizás, lo que lograba en una mañana lo logra en una semana o en quince días, pero finalmente el resultado, aunque para uno sea penoso y trabajoso, para el lector puede llegar a ser igual.

E: ¿Y usted se siente conforme con el resultado en esos casos?

AMS: Sí. A veces sí; a veces no, según. A veces, aun textos que yo sé que no han sido fruto de una milagrosa inspiración sino de penoso esfuerzo, de todas maneras, funcionan; y son textos que me ponen contenta, que están bien.

E: Queda conforme con el producto final.

**AMS:** Claro. Y un poco eso lo aprendí trabajando en publicidad. Yo trabajé quince años en publicidad. Era redactora creativa. Un redactor creativo, en una agencia de publicidad, está ahí para que se le ocurran ideas. El día que no se le ocurren ideas lo echan. (Risas). Así, milagrosamente, a uno se le ocurren ideas todos los días. Esté inspirado o no esté inspirado, y ese fue un gran aprendizaje. Yo aprendí ahí que algo sale, aunque uno crea que ese día no está inspirado para nada. Cuando las consecuencias son esas, algo a uno se le va a ocurrir. Algo va a salir, se puede seguir adelante. Así que cuando dejé la publicidad dije: “Yo quiero dedicarme a escribir literatura así, como cuando trabajaba en publicidad”. Como si la inspiración no existiera.

**E:** ¿Y hay algún texto que recuerde que le llevó mucho tiempo porque estaba “más trabada”?

**AMS:** En todos mis textos hay partes que brotaron y otras, que resultaron más trabajosas. Una cosa que me preguntan mucho los chicos es si alguna vez escribí todo un libro y después me di cuenta de que no servía, que no lo quería publicar. Y la verdad es que por suerte nunca me pasó eso, porque cuando voy avanzando en un texto, a las diez, quince, veinte páginas ya me doy cuenta; si no funciona, lo dejo y se terminó.

**E:** ¿Cómo es, en este proceso de escritura, el trabajo con los borradores? ¿Tiene algún ritual específico predilecto?

**AMS:** Borradores no hay más, porque todos escribimos en computadora.

**E:** Sí, ¿pero no hay una primera instancia?

**AMS:** Sí, por supuesto. Todo se escribe y se reescribe mil veces. Pero no guardo los borradores. Voy reescribiendo sobre el mismo texto. Ya no guardo los borradores. Sí tengo el recuerdo de mi primera novela que la escribí toda en máquina de escribir; que escribí y reescribí varias veces cada capítulo, pero después de que estuvo terminada, la escribí y reescribí nueve veces, de punta a punta. La alargué hasta que tuvo cincuenta

páginas más. Después la corté y así hice varios cambios hasta que llegué a lo que yo pensaba que tenía que ser. Y ahí guardaba todos los borradores porque era a máquina. Al final me harté y ya para la última versión terminé recortando y pegando, porque me quería presentar a un concurso y ya era tarde, sino la tenía que tipear toda otra vez de punta a punta. Entonces, terminé recortando y pegando y después fui a hacer las fotocopias. Me parece heroico que los jurados hayan podido leer la novela tan mal impresa, como la entregué. Pero me imagino que todos los demás la entregaron igual. Porque era con papel carbónico, entonces las copias eran terribles.

E: Se valoraba la calidad, más que la presentación. Y, retomando la pregunta: ¿tiene algún ritual a la hora de escribir?

AMS: Sí, yo tengo tres hijas. Cuando eran chiquitas, tenía una oficina cerca de casa y me iba a la mañana a trabajar ahí. Y ahora son gente grande y se fueron, entonces me quedé con el dormitorio más grande, donde instalé la computadora y escribo ahí. Me tomo muchos cortaditos. Tengo una jarra térmica que calienta el agua. Y me hago un “mejunje” con un poquito de leche descremada, café descafeinado y agua caliente y tomo muchas tazas de eso. Antes, hasta los cuarenta años, fumaba. Y cuando dejé el cigarrillo dije: “Ahora no voy a escribir nunca más. No importa si no escribo nada. Éste va a ser el año en el que deje de fumar”. Por suerte, no era el cigarrillo y pude volver a escribir.

E: ¿Hace alguna reflexión en torno a la literatura en tanto escritora?

AMS: Constantemente me estoy preguntando ¿qué es la literatura? ¿Dónde está? ¿Por qué un texto es literatura y otro no? Es algo que me pregunto constantemente. Y me doy cuenta de que tiene que tener algún elemento de sorpresa, algo que lo haga diferente de todo lo que se escribió hasta ese momento. Alguna cosa única, personal.

E: Eso es lo que define su literatura.

**AMS:** Toda la literatura. Un texto, para ser literatura, tiene que tener algún elemento de sorpresa. Es interesante el tema, porque a veces uno dice: “La literatura está en la lengua”. Es el lenguaje lo que hace a la literatura. Uno lee traducciones, pero aun en una traducción, si el texto está bien traducido, se sostiene de algún modo la cuestión del lenguaje. Yo tuve una experiencia interesante cuando di durante dos meses un taller, en la Universidad de Virginia en Estados Unidos, a un grupo de chicos que no eran hispanohablantes. Eran estudiantes de español. Les di el taller literario en español. Había dos que eran hispanohablantes: una chica peruana y un chico de Puerto Rico. Y los demás, no. Entonces al principio, cuando llegaban los textos de los hispanohablantes, se me producía una especie de alivio enorme, porque lo otro era muy torpe. Sin embargo, rápidamente me di cuenta de que no eran ellos los escritores. Había otros que sí eran escritores, que quizás se expresaban de una manera macarrónica en español, que tenían un español penoso, dificultoso; sin embargo, en sus ideas, en la construcción, en los elementos que eran capaces de extraer de la realidad para combinar y conformar un relato eran mucho más escritores que los que escribían en castellano. Entonces, no está en el lenguaje tampoco. Está en esa cosa un poco misteriosa que es la forma del contenido. Lo que Hjelmslev llama la forma del contenido; que es cómo se construye esa catedral, diría Raymond Carver. Cómo se construye esto que es un cuento, un relato, una novela, con esos elementos heterogéneos, poquitos, que uno extrae de ese absoluto infinito que es la realidad.

**E:** ¿Y usted cree que respecto de los mecanismos y las estrategias ficcionales, hay diferencia entre la literatura infantil (específicamente, para esa construcción) y el resto de la literatura?

**AMS:** No, en eso creo que no; no hay diferencia. La literatura infantil puede cualquier cosa. La literatura infantil se define por su receptor, está dirigida a los chicos. Y cuando uno escribe para un chico debe tener en cuenta que un chico tiene menos vocabulario, menos experiencia y, si es menor de once años, todavía no tiene totalmente desarrolladas sus posibilidades intelectuales. Pero esos son los únicos verdaderos límites; cualquier otro conjunto de reglas que se pongan para decir qué es o cómo debe funcionar la literatura infantil... no sirve. Apenas uno establece una preceptiva, aparece

un genio que saltó por arriba de esa valla y demuestra que la preceptiva esa no sirvió para nada. “La literatura infantil no puede ser experimental”, entonces está Lewis Carroll. Uno dice: “Una obra para chicos tiene que ser corta”, entonces está *Harry Potter*. Y así es todo. Cada vez que uno cree haber encontrado cuáles son las reglas que debe cumplir un libro para chicos aparece un genio y derrumba esas vallas.

E: Como en toda la literatura.

AMS: Como en toda la literatura. Pero lo que pasa es que en la literatura para adultos uno se plantea menos límites. En la literatura para chicos pareciera que hay más límites. El límite es el talento del autor.

E: Y hablando de literatura infantil. ¿Qué sustratos, qué material recoge para escribir esta literatura para niños? ¿Considera que hay aspectos de la niñez que son relevantes para trasladar a esos textos?

AMS: Sí, quizá sin pensarlo demasiado. Porque un escritor no necesariamente (creo que por suerte) está atento a todas estas cuestiones en el momento en que escribe. Uno escribe pensando en el chico que fue uno y qué era lo que le gustaba en ese momento. Pero sin duda todas las características de la infancia pesan a la hora de escribir. Estoy pensando en uno de mis libros que se llama *Las cosas que odio*, que ha sido muy malentendido en la escuela. Anduvo muy bien allí, es un libro que las maestras quieren mucho, pero no lo entendieron bien, porque lo entienden como una especie de grito libertario. Entonces “no hay que poner restricciones y está muy bien que cada uno haga lo que se le dé la gana”. Y no se trata de eso. Es un libro que se trata de lo siguiente: los chicos nacen como animalitos. Y nacen en una cultura. La cultura en la que nacen tiene que transformarlos en seres humanos, es decir, en seres culturales. Para eso hay que coartar el instinto y hay que convertirlos en seres que estén dispuestos a aceptar todas las reglas de la cultura en la que nacieron.

E: Y a convivir...

**AMS:** Claro, a convivir con otros seres humanos y a aceptar todas esas reglas; que algunas son lógicas y de convivencia, y otras son completamente arbitrarias. Pero son necesarias porque así es como viven las personas: nos vestimos, nos cortamos el pelo, nos peinamos, nos bañamos, o no nos bañamos; cada cultura tiene sus exigencias y el chico tiene que adaptarse a eso. Entonces, naturalmente, odian todas esas exigencias y todos esos límites que les ponen a sus instintos y a sus deseos. Pero no es que no sean necesarios. Son necesarios, son inevitables. Están ahí, son inevitables; no se trata tampoco de decir “hay que ponerle límites” o “esta maestra o esta madre pone límites”. No importa lo que haga la maestra o la madre. La cultura en la que nacieron les va a poner límites. Van a tener que comer a la hora de comer, van a tener que desayunar cuando se levantan, ir al colegio, ponerse calzado. En fin. Un escritor tiene que poder recordar que todas esas cosas (que forman nuestra vida cotidiana de la manera más sencilla, más elemental y más incorporada) no son naturales, ni nos han sido dadas. Algunas tienen sentido y otras no tienen ningún sentido, pero tenemos que cumplirlas de todas maneras porque es nuestro lugar en el planeta como seres humanos. Es así. Y entonces *Las cosas que odio* tiene que ver con eso. Entonces las características de la infancia son, por ejemplo, esas.

**E:** ¿Cuál es la tradición literaria en torno a la literatura infantil que más le interesa?

**AMS:** Te podría hablar más de lo que no me interesa: que es la moralina, las antiguas moralejas y las actuales moralinas. Es muy fácil darse cuenta de las antiguas moralejas, y es mucho más difícil aceptar cuánto hay en los libros infantiles de políticamente correcto. De verdad que lo políticamente correcto es aburridísimo. Es igual que la vieja moraleja. Es lo mismo. Entonces, la verdad que eso a mí no me interesa. Me aburre muchísimo.

**E:** ¿Existen lugares comunes en la literatura infantil? ¿Cuáles?

**AMS:** Sí, hay lugares comunes. La literatura infantil no es siempre la misma, va cambiando mucho. Yo no leo tanta literatura infantil. Leo de vez en cuando algunas

cosas, sobre todo, porque mis chicas son grandes. Pero hará seis, siete años, u ocho, fui jurado del Premio Nacional de Literatura infantil y tuve ahí como quinientos libros y un amplio panorama. Me encontré con que la literatura infantil argentina era simpática. Una cosa bien escrita, simpática, que estaba bien, pero que en general no planteaba temas verdaderamente importantes, preocupantes, no estaba “Caperucita roja”, el lobo no se comía a la abuelita. Y todo estaba como atenuado.

E: ¿Parecía un tanto superficial? ¿O atenuado por “políticamente correcto”?

AMS: Políticamente correcto, simpático, muy tamizado, un poco pasteurizado. Pablo de Santis me gusta muchísimo. En ese momento, le dimos el primer premio. Otro que me encanta es Sergio Aguirre. Nunca lo había leído. Ahí leí *El hormiguero* y la verdad es que me dio mucho miedo. Me pareció buenísimo. Me despertó en medio de toda esa cosa correcta. Bien linda, bien escrita, pero todo muy tranquilo, muy suave.

E: Le faltaba esa novedad de la que usted hablaba hoy...

AMS: Claro.

E: ¿Y qué fue lo que la llevó a trabajar con niños?

AMS: Necesidad económica, porque empecé escribiendo para adultos y simultáneamente trabajaba en publicidad. Después fueron naciendo mis hijas. Y cuando quedé embarazada de la tercera, me di cuenta de que publicidad, hijas y literatura era demasiado. Era más de lo que podía hacer. Entonces decidí dejar la publicidad y dedicarme solo a la literatura. Para esa época, empezó a crecer en la Argentina la literatura infantil. Ochenta y pico. Yo salí con la primera camada de libros del departamento de literatura infantil de Sudamericana. En el '88 con “Pan Flauta”. Los primeros tres “Pan Flauta”. Uno era mío; otro, de Ema Wolf y otro, de Canela. Y enseguida me di cuenta de que por ahí había algo que me podía servir.

E: Pero luego se empezó a interesar.

**AMS:** Siempre me interesó muchísimo la literatura infantil. Además, a medida que mis hijas crecían, les leía mucho cuento popular. La base de mi interés en las leyendas y cuento popular viene de esa época, en que la literatura infantil argentina era mucho peor que la de ahora, aun con los mismos autores, porque veníamos de una época de psicopedagogía mal entendida: prácticamente no podía haber conflicto, estaban prohibidos los conflictos importantes. Y el resultado era francamente pasteurizado. Lo que hacían los buenos autores era escaparse por el lado del humor. Estaba María Elena Walsh, con su poesía. A mí nunca me gustó la narrativa de María Elena. Y estaba Ema Wolf, estaba Graciela Montes, pero ellas se escapaban por el lado del humor, porque era la única puerta que se mantenía abierta.

**E:** Además, estamos hablando de la posdictadura.

**AMS:** Sí. Entonces cuando se me terminaron los libros que encontraba en ese momento en librerías para leerles a mis hijas, arranqué con cuento popular. Yo les leía; me encantaba leerles en voz alta. Les leí enormes cantidades de cuento popular ruso, italiano; los doscientos cuentos italianos de Italo Calvino que los leímos hasta que los supieron prácticamente de memoria. Porque los chicos te piden otra vez y otra vez y otra vez. Cuentos tan lindos. Y la colección de cuentos rusos de Afanásiev, los cuentos arzerbaijanos y los de los hermanos Grimm. Ahí empecé a aprender realmente sobre cuento popular. En esa época también descubrí a Roald Dahl, que era maravilloso. Y otro libro maravilloso que nos trajo mucha felicidad a toda la familia fue *La historia interminable*. Se los leí a las chicas en voz alta seis veces de punta a punta, porque es tan lindo, tan colmado de ideas y de imágenes.

**E:** Hablamos de los cuentos populares, pero usted también ha compilado leyendas y mitos.

**AMS:** Porque cuando era chica me gustaba leerlas. Cuando mis hijas eran chicas, empecé a buscar también para leerles a ellas. Entonces, en ese momento, me reencontré con el cuento popular y con las leyendas, con toda la tradición popular de

distintos países del mundo. Además, nosotras viajábamos mucho a Estados Unidos, porque tengo una hermana que vive ahí. Me traía siempre muchos libros en inglés; les leía del inglés al castellano.

E: Sigue la tradición lectora en la familia...

AMS: Sí, mis hijas también están metidas en eso.

E: ¿Qué piensa de la relación que hay actualmente entre los niños y los medios de comunicación, las redes sociales y las TICs? A veces pareciera que la lectura queda en un segundo plano.

AMS: Pero todo lo que vos me dijiste es lectura y escritura. No es literatura pero sí, lectura y escritura.

E: Por supuesto, pero hay gente que considera que eso, en realidad, aleja de la lectura sin comprender que implica también la lectura y la escritura.

AMS: En todo caso, si me decís Netflix, sí. Eso aleja de la lectura. Netflix por un tiempo va a seguir alejando de la lectura, pero más a los adultos que a los chicos. Todo vale. La literatura no debería competir con las nuevas tecnologías; no hay ninguna razón para que compita. Internet es el lugar más lleno de libros que conozco en el universo. Es un lugar de lectura. Queremos todo. No solo los chicos; los grandes, también. Se lee en Facebook (yo porque soy más vieja; porque Facebook es para viejos. Ahora los chicos están más con Instagram).

E: Por la imagen. Pero usted no observa que hay una tendencia a usar cada vez menos palabras, por ejemplo.

AMS: ¿Que se empobrece el lenguaje? No sé, no me doy cuenta, porque yo no estoy todo el tiempo en contacto con chicos, como para saber si está cambiando el lenguaje o no. Tiendo a pensar que no, que, al contrario, se enriquece con neologismos.

E: La accesibilidad que uno tiene a través de internet y redes sociales a todo tipo de textos es indiscutible.

AMS: Sí. La verdad es que tampoco soy una experta en la materia, porque no soy docente, no estoy en contacto con chicos; no sé la evolución que han tenido los chicos en estos últimos años. Lo que sé es que todas las mañanas me despierto y digo “qué suerte que tocó la era de internet”, porque es maravillosa. Cuando yo tuve que escribir hace unos años un libro sobre mitología griega (*Dioses y héroes de la mitología griega*), en su momento, era fanática. Ya de adolescente me acuerdo de que busqué por todos lados la *Teogonía* de Hesíodo y no la conseguía en ningún lado. Entonces, cuando me plantearon esa posibilidad de escribir sobre mitología griega dije: “A ver la *Teogonía* de Hesíodo...”. Y había veinte traducciones, podía elegir cuál me gustaba más, y tener ediciones críticas, en todos los idiomas. A los chicos hoy les gusta tanto (como siempre) la mitología griega. Así como los más chiquitos se fascinan con los dinosaurios, cuando son más grandes, les encanta la mitología griega.

E: Esas historias de dioses y de hombres... son muy divertidas además.

AMS: Son muy divertidas, están llenas de elementos prohibidos que en ningún otro libro para chicos nos permitirían que aparezca. Porque hay incesto, los hermanos se casan entre ellos y los padres con los hijos. Hay un quilombo infernal. Yo me acuerdo de que cuando hice la adaptación de *Las mil y una noches* le pregunté a la directora de la editorial de “Lo que leo”: “¿Qué hacemos con *Las mil y una noches*?”, porque Scherezada en realidad... Lo que le pasa al sultán es que la mujer le mete los cuernos, por eso él decide matarla y degollar a todas las mujeres con las que se casa, una por día, y a la mañana las degüella. Entonces le pregunté qué hacía, “¿Se puede contar todo eso?”, “¿Se puede contar que la mujer le metió los cuernos con un esclavo negro?”. Porque en *Las mil y una noches* no había nada peor que los esclavos negros. Se ve que los árabes sentían que había cosas con las que no podían competir. Era la degradación máxima que tu mujer te meta los cuernos con un esclavo negro. Además, *Las mil y una noches* se trata de dos hermanos. El que descubre que su mujer le metió los cuernos con

un esclavo negro se va a visitar a su hermano y se encuentra con que la mujer de su hermano arma orgías, de todo el harén con esclavos negros.

María Fernanda Maqueira, que es la directora editorial de Santillana, me dijo: “Bueno, no te preocupes, porque en *Las mil y una noches* tenés muchos permisos que no tendrías en un cuento tuyo”. Lo mismo que en *Dioses y héroes de la mitología griega*, donde, me dijo: “Vas a tener muchos permisos que vos no te podés dar en un cuento tuyo de literatura infantil”. Y así fue. La escuela puede aceptar perfectamente algo que pase entre dioses griegos o que pase en las historias de *Las mil y una noches*, lo puede aceptar mucho mejor que en un cuento que pase hoy en este mundo.

E: ¿Considera que esta censura es terrible? ¿O es parte de esos “inevitables culturales”?

AMS: Me parece que siempre va a haber algún tipo de censura, que es parte de esos “inevitables”. Me parece que por suerte hay vallas que se van derribando. Por suerte o por desdicha, no sé. El mundo va cambiando. También, quizás, las censuras se van corriendo hacia un lado y lo que se abre de un lado se cierra del otro. Por ejemplo, cuando yo era jovencita dos chicas podían andar del “bracete” por la calle. Hoy dos chicas también pueden andar del bracete por la calle, pero se entiende que son lesbianas. Nadie les va a decir nada y está bien, está aceptado que sean lesbianas. Pero si no son lesbianas, no pueden andar del bracete por la calle. No es que no pueden; se tienen que atener a que las van a considerar pareja. Y antes era una forma de amistad. Por eso, las cuestiones de la censura se van corriendo. Siempre algún tipo de censura hay. En literatura, por ejemplo, tuvimos una época –antes de esa época descafeinada digamos que había en los ‘80, entre los ‘60 y los ‘80, que habíamos llegado a esa literatura medio pasada por lavandina– en que la literatura para chicos era terriblemente melodramática y se suponía que un cuento para chicos era mejor cuanto más los hiciera llorar. Y estaba muy bien que los chicos lloraran por esos cuentos. No tenía nada de malo.

E: Para adultos, las telenovelas iban por ese mismo lado.

AMS: Sí, para chicos también era así y, en realidad, no tenía nada de malo, porque finalmente era un llanto como el miedo de los cuentos de terror. Era un llanto de jugar con ciertas emociones. Los cuentos de *Corazón*, que son tan conmovedores. Y como esos, otros. Álvaro Yunque, por ejemplo. Eran cuentos de hacer llorar. Después eso se prohibió totalmente. Hoy, todavía está prohibido. Se puede aceptar incluso cierto grado de violencia, se puede aceptar el terror, pero no estamos acostumbrados a que se escriban para los chicos cuentos o novelas para hacer llorar.

E: Nada para poner triste.

AMS: Claro, nada de tocar esa emoción que da ganas de llorar. Eso no está bien aceptado.

E: Van cambiando los códigos.

AMS: Van cambiando los códigos, pero siempre hay algo que “sí” y hay algo que “no”. Igual a mí me alegra muchísimo que hayamos atravesado la época de la lavandina, que eso sí que era tristísimo.

E: Porque no hay ningún tipo de movilización.

AMS: Claro.

E: En sus microrrelatos ha relacionado la cuestión de la escritura con un momento de revelación. ¿Puede explicar en qué consiste?

AMS: Tiene que ver con la inspiración. En la buena literatura uno lo siente como escritor y lo siente como lector. Tiene que haber un momento de revelación; que de repente uno tenga la posibilidad de ver algo que normalmente le está velado, generalmente velado por la costumbre. Y entonces poder descorrer esa cortina de la costumbre y volver a verlo de otra manera, que es lo que hace la literatura. Y el arte, en términos generales.

E: En ese caso, ¿tiene relación con la tendencia a lo fantástico que presentan muchos de sus textos?

AMS: Eso es algo personal. Yo soy proclive al fantástico. Me gusta y me interesa la literatura fantástica. En general, con el microrrelato hay una especie de facilidad a la vuelta de tuerca fantástica. Tengo especial respeto por los microrrelatos que no son fantásticos. Y también por los que no tienen humor. En realidad, yo trabajo más con lo fantástico y con el humor. Me parece que es todo un desafío poder trabajar microrrelatos sin humor y sin fantasía. Por eso me gusta tanto, tanto ese microrrelato de Arreola que se llama “Cuento de terror” y dice: “La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de las apariciones”.

E: Lo extraño, lo fantástico, lo perturbador es un rasgo que predomina en sus microrrelatos. Trasladando eso a lo cotidiano: ¿hay algo que la perturba o que se puede considerar perturbador? ¿En nuestro país, en la vida?...

AMS: Sí, todo (risas). Muchas cosas. Hablaste de nuestro país y digo: “Caramba, qué no es perturbador”. Es una pregunta difícil.

E: O dentro de la literatura, para circunscribirlo más a nuestro terreno.

AMS: Sí, toda buena literatura tiene algo de perturbador. Ahora estoy leyendo “el mejor libro”. Por suerte, cada tanto, encuentro “el mejor libro”. Yo tengo una especie de lista de “mejor libro”. Ahora es el libro de Natalia Ginzburg. Todos los de Natalia Ginzburg son “el mejor libro”.

E: Para cerrar, ¿qué cree que puede aportar la literatura, o el arte en general, en este contexto que tenemos de crisis, de recorte en la cultura? ¿Cree en el poder transformador del arte?

**AMS:** No, en lo inmediato; no, en una situación de crisis; no, en una coyuntura. Pero en el largo plazo, sí. Pienso que el ser humano se define por todo aquello que no es imprescindible para la subsistencia. Eso es ser verdaderamente humano. Tener la posibilidad de desarrollar actividades que no tengan que ver solo con la subsistencia. Y el arte es una de ellas. Abre la cabeza, vuelve a la gente más tolerante, mejor de muchas maneras.

**E:** Desarrolla la crítica, el pensamiento.

**AMS:** Claro, pero en una situación de crisis lo que verdaderamente está en juego son cuestiones de subsistencia. Entonces, el arte no tiene mucho que hacer.

**E:** Muchas gracias, Ana María.

## Referencias bibliográficas

Weiss, J. (2014, 26 de agosto). Julio Cortázar: 'La literatura es un juego, pero uno en el que podemos poner la vida'. *Tlaxcala, la red internacional de traductores por la diversidad lingüística*. Traducido por Luis Casado. Recuperado de: <http://www.tlaxcala-int.org/article.asp?reference=13220>